é ignorante, Tú que gozas continuamente de los deliciosos conciertos de los ángeles! ¡Bendita sea, Señora y Reina mía, tanta bondad! ¡alabada y enzalzada sea por siglos eternos tamaña dignación! Yo quiero ir siempre donde Tú me mandas, aunque conozco cada día más mi indignidad y mi vileza; no he de desanimarme por las dificultades y contratiempos que en las obras de piedad se presentaren; procuraré ser muy constante en los obsequios que quiero tributarte, acordándome de tu admirable agradecimiento con que estimas las menores fatigas, y premias los más insignificantes servicios. Ayúdame pues, Virgen Santísima, para que dócil á tu voz, perseverando fiel en tu culto y devoción, vaya algún día á conocerte y alabarte allá en el cielo.

Ave María y oración para después de la meditación.

UNDÉCIMO DÍA

MEDITACIÓN

SOBRE OTRAS ENSEÑANZAS QUE EN LA SEGUNDA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA SE CONTIENEN

Mira, y procede conforme al ejemplar que se te ha mostrado en la montaña.
(Exod. XXV. 40.)

Desde el amanecer hasta la noche, espere Israel en el Señor.
(Psalm. CXXIX. 6.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA en la misma segunda aparición verificada en el mismo día sábado, por la tarde, la paciencia de la Santísima Virgen: su enviado acababa de ser desatendido, su deseo no escuchado, y su voluntad misericordiosa había sufrido una repulsa. Pero así como Jesucristo, rechazado por los samaritanos, y rogado por los apóstoles Juan y Santiago á hacer que descendiera fuego del cielo para consumirlos, lleno de mansedumbre

respondió: «no sabéis á qué espíritu pertenecéis, porque el Hijo del Hombre no viene á perder á las almas, sino á salvarlas» (Luc. IX. 56), así María, Madre de Jesucristo, que muy bien sabe que pertenece al espíritu de la Ley nueva, que es espíritu de lenidad, de perdón, de caridad y misericordia, ni se indigna con la tardanza, ni se ofende con la repulsa, ni desiste de su empeño por favorecernos á causa de las dificultades y moratorias, ni mucho menos piensa en hacer bajar fuego del cielo para castigarnos, puesto que bien puede decir con su Hijo adorable, que ella de ninguna manera ha venido para perder á las almas sino para salvarlas. Pondera bien aquí la benignidad, la paciencia y la misericordia de María para con nosotros: insiste largo tiempo en sus designios de bondad y de protección con que quiere favorecernos, y desde la mañana hasta la tarde, desde la aurora hasta la puesta del sol, constantemente nos llama, nos espera y nos soporta. «Desde el amanecer hasta la noche espere Israel en el Señor», dice el Profeta David (Psalm. CXXIX. 6), porque la misericordia mora en él como en su asiento, y así podemos también decir nosotros: pues desde el amanecer hasta la noche, María Santísima no se cansa de esperarnos como en esta vez á Juan Diego, esperemos en

María desde el amanecer hasta la noche; en ella está también la misericordia, derivada de Jesús su Hijo, como en su asiento, y por eso la saludamos Reina y Madre de la misericordia, y en las Letanías la invocamos como Virgen misericordiosa, y como consoladora de los afligidos y auxilio de los cristianos. Pondera cómo el amanecer, ó el tiempo de la mañana en que se verificó la primera aparición, puede significar la época del uso de la razón, en la cual nos aparece la Virgen María sonriendo como una madre llena de amor, de la cual nos ha hablado muchas veces nuestra madre terrena, y á la cual nos ha enseñado á invocar en el Ave María y á besar y reverenciar sus imágenes, en especial la Guadalupana tan amada de los mexicanos; la noche significa la última edad de nuestra vida en la cual el sol de nuestra existencia ya toca al ocaso, y en cuya época todavía la Santísima Virgen nos aguarda, y sin huir por nuestras repulsas nos solicita y nos llama pidiendo que le hagamos un santuario de nuestro propio corazón. Desde el amanecer hasta la noche, esperemos pues en María de Guadalupe: desde la infancia hasta la vejez: tanto en la inocencia, como cuando las culpas nos abrumen, esperemos siempre en ella; porque es nuestra vida y esperanza, y en su seno

mora la misericordia. No desoigamos sus últimos llamamientos; pensemos por cuantos años la hemos hecho esperar ingratamente, y caigamos convertidos de veras, á sus plantas, para no volver jamás á abandonarla.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA la admirable lección que da María Santísima á los superiores, quienes deben tomarla por ejemplar y modelo en la montaña del Tepeyac. Ella, como Madre de la Sabiduría eterna, nada puede ignorar, y nada ignora; todo lo conoce, todo lo ve y todo lo sabe; así es que, cuando el humilde neófito, entristecido por el mal éxito de su misión, vuelve á Ella, bien comprende cuanto le ha pasado, y nada se le oculta de cuanto tiene él que decirle. ¿A qué esperarlo entonces entre los riscos ásperos del monte? ¿á qué fin llamarle, y preguntarle y oirle? Es porque es propio del buen superior, del que está formado en la escuela del Evangelio, del que ha estudiado aquella lección del divino Maestro: «Los reyes de las naciones las dominan... mas vosotros no obréis de esta suerte, mas el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor, y el que tenga la

precedencia, hágase como servidor». (Luc. XXII. 25, 26). Es propio del buen superior, el oir benignamente al súbdito que á él acude, el no imponerle silencio, aun cuando sepa ya por otros conductos sus negocios y sus cuitas, el preguntarle con interés, escucharle con compasión, aguardarle con paciencia y auxiliarle con amor. Jesucristo representa al verdadero superior, cuando está en el Santísimo Sacramento (como dice San Ligorio), esperando, llamando y recibiendo á los que quieren llegar á visitarle, y la Santísima Virgen, su más perfecta imitadora, está también moralmente presente en su imagen, llamando, esperando y recibiendo á los que van á visitarla, así como en aquel sábado memorable, estuvo todo el día esperando á Juan Diego, y lo llamó á su presencia, y lo escuchó con afabilidad y con agrado.

¿Y nosotros, cómo recibimos á nuestros inferiores, á nuestros criados? ¿con qué semblante los recibimos cuando interrumpen nuestras ocupaciones y nuestros entretenimientos para darnos sus quejas ó solicitar nuestra ayuda? ¿cómo acogemos á los pobres de Jesucristo, estos misteriosos representantes de su divina persona en el mundo, cuando llegan á hacernos fastidiosas, y aun á veces falsas narraciones de sus miserias y desgracias?

¿Los recibimos afablemente, los escuchamos pacientemente, y sobre todo, los socorremos generosa y cordialmente? Examínate, oh alma, y si eres dura para con los pobres, sabe que es muy mala señal y muy funesto presagio en orden á tu salvación. Haz la resolución de socorrer algún pobre cada Sábado, y de recibirlo con benignidad y con dulzura, en honor de la segunda aparición, y en la hora de la muerte te alegrarás no poco de haber seguido este consejo.

ORACIÓN

¡Cuán buena eres, dulcísima Señora, cuán humilde, cuán mansa y llena de dulzura! Desde la aurora hasta el ocaso te ocupas bondadosa del gran negocio de quedarte con nosotros; desde el amanecer hasta la noche nos esperas, y nos llamas y nos toleras, y nos socorres. Pronta para oir á todos, á nadie rechazas; ni el pecado que es asco horrible é indignísima miseria, ni el pecado te retrae de recibirnos, ni te entibia en favorecernos, con tal que comencemos al menos á aborrecerlo, y no queramos, con obstinación, continuarlo ni seguirlo. Por eso te llaman tus hijos Refugio de pecadores, y devotamente en tu templo y en tu Imagen de Guadalupe, desempeñas muy bien este oficio, pues recibes á cuantos vienen á tus plantas, y escuchas atentamente sus peticiones, y despachas sus súplicas, si no del modo que su mente ofuscada lo solicita, pero sí como conviene mejor á sus verdaderos intereses. ¡Bendita seas, Madre mía!, alabada y engrandecida seas, Reina y Señora mía, por tanta misericordia. Que heredemos tus hijos esa benignidad y esa mansedumbre, para que amándonos y tolerándonos unos á otros, como hermanos, vayamos juntos un día á regocijarnos con nuestra Reina y nuestra Madre. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DUODÉCIMO DIA

MEDITACIÓN

DE LA BELLEZA INMORTAL Y CELESTE DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

¡Oh Tú la más hermosa de las mujeres!
(Cant. V. 17.)

Yo soy la Madre del hermoso amor.
(Eccli. XXIV 24.)

PUNTO PRIMERO

Hemos llegado al día doce, en el que apareció la imagen de Guadalupe y en el que se celebra su fiesta en el último mes del año, ó se hace conmemoración de ella en los meses siguientes. Mas no permitiendo el orden que llevamos ahora, el meditarla todavía, meditaremos en la inefable belleza de nuestra Señora en sus primeras apariciones. Consideremos, pues que así como Jesucristo se llama en los Salmos (Psalm. XLIV), el más hermoso entre los hijos de los hombres, así la Virgen Santísima, su divina Madre, se apellida hermosa entre todas las mujeres.

En el sagrado Cántico, donde está muy bien representada por la esposa, unas ocasiones se la llama dos veces hermosa, por la doble hermosura de su cuerpo y su alma, como cuando el Esposo al ir á hacer la descripción detallada de la hermosura de sus miembros, comienza diciendo: «Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres, tus ojos de palomas... tus cabellos como rebaños de cabrillas!» (Cant. IV. I); otras veces con la hermosura, alaba su limpieza é inocencia, diciendo: «Toda hermosa eres, amiga mía, y mancha no la hay en ti» (Ibid. 7); otras, finalmente, esforzando los términos, la llama «hermosísima entre las mujeres.» (Ibid. I. 7). ¿Cuál pues, oh alma, será la hermosura que todo un Dios alaba, la hermosura que Dios mismo contempla con agrado, la hermosura que al mismo Dios cautiva, y le atrae desde el cielo á la tierra? Ella es el encanto de la Sion celestial; y así como se dice en las sagradas Letras que en el Señor desean mirar los ángeles. (I. Petr. I, 12), mirándolo siempre, y siempre deseosos de mirarle de nuevo, así también podremos decir que todos los ricos y poderosos del pueblo de los bienaventurados, están deseando y suplicando el ver el rostro y amabilísimo semblante de la Reina y Señora de los cielos; y así entienden piadosos doctores

aquellas palabras de un Salmo: «tu rostro suplicarán todos los ricos del pueblo» (Psalm. XLIV. 13). Ella es también el encanto de los hombres sobre la tierra: su hermosura arrastra y arrebata los corazones; su nombre solo, endulza los labios y calma las tempestades del alma, y mitiga las penas de la vida. Si nuestra madre terrena nos parece siempre hermosa, á pesar de las arrugas de la vejez y de las injurias del tiempo, nuestra Madre celestial es infinitamente más bella, con la belleza de la inefable inocencia, con la belleza que debe irradiar de la que llevó en su seno á la misma Belleza increada, y la revistió de la belleza criada de nuestra carne sin pecado. ¡Amemos, pues, á esta belleza soberana, y miremos con horror y con asco las bellezas de la tierra, siempre afeadas por el pecado, siempre amenazadas de la corrupción y de la muerte!

PUNTO SEGUNDO

¡Cuál sería la hermosura de María Santísima de Guadalupe en sus apariciones! Suspendida en los aires, sin tocar con su planta la tierra, colocada en el centro de una luz esplendidísima, que hiciera aparecer oscuro al sol del mediodía

circundada de los vivísimos colores del iris, rodeada de suavísimos concentos; con su cabeza coronada de rayos luminosos, y su manto relumbrando de estrellas y con tanto golpe de luz trocando aquellas peñas en brillantes esmeraldas, y aquel áspero monte en un edén delicioso; derramando de sus ojos torrentes de amor celestial, y de todo su cuerpo suavísimos aromas jamás percibidos en la tierra: ¿á quién no arrebataría en extáticos transportes aquella deslumbrante hermosura? ¿Cómo no creerse como Juan Diego transportado al paraíso de delicias al gozar de un espectáculo que sólo los ángeles en el cielo contemplan?

Cuéntase de un sacerdote devotísimo de María, que instándola largo tiempo para que le dejase ver la hermosura de su rostro, aunque en seguida perdiese la vista para siempre, concedida que le hubo sido esta gracia, y no queriendo quedar enteramente ciego, al aparecerle la divina Señora abrió tan sólo un ojo para verla; pero al contemplarla tan hermosa, abrió el otro al instante, contentándose también de perderlo, por gozar un poquito más de aquella vista encantadora. Volvióle los ojos la Virgen, y otras mil veces habría querido perderlos de nuevo, con tal de gozar aún otra vez de su hermosura. Juan Diego fué más feliz; no sólo

la vió una ó dos veces, sino muchas, y la contempló largo rato, y la habló con respetuosa familiaridad. ¿Y nosotros, cuándo te veremos, dulce Madre mía? ¿cuándo contemplaremos tu apacible semblante, tu frente inmaculada, tus ojos de paloma, y tus labios de grana? ¿cuándo besaremos tus sagradas plantas, y escucharemos esa tu voz qne regocija los cielos? ¿cuándo, cuándo?... ¡oh Reina! ¡oh Madre! ¡haz qué algún día logremos esta dicha, y no por un momento, sino para siempre en la gloria donde moras!

ORACIÓN

Y cuándo, por fin, te veremos nosotros, ¡oh dulce Madre mía! ¿cuándo lograremos tener la dicha de contemplar en los cielos ese semblante, que después de Jesús, forma las delicias de los bienaventurados y de los ángeles! ¿Qué cosa podrá impedirnos tal felicidad y tanta gracia? ¡Ah! «vuestras iniquidades han puesto un muro de división entre mí y vosotros» dice el Señor (Isai. LIX, 2), y lo mismo, Señora, puede decirse con respecto á ti: nuestros pecados son la muralla espesísima que se levanta entre ti y nosotros, y nos esconde tu semblante; si los de limpio corazón, son los que tienen la dicha

de ver á Dios, los de corazón sucio é inmundo, no podrán jamás contemplar á su augusta Madre. Derriba, pues, ¡oh María de Guadalupe!, derriba esta muralla, ó más bien estas siete murallas de los vicios capitales, para que podamos contemplar tu celestial hermosura. Y entre tanto, nos gozaremos en mirar tu encantadora imagen, y la visitaremos, y gastaremos largas horas estando en su presencia, y de los rasgos pintados en la tela, pasaremos á considerar los rasgos de tu agraciado rostro, y de la hermosura de un retrato sin vida nos elevaremos á contemplar tu persona viviente, á fin de que algún día con estos mismos ojos te veamos, y con nuestros corazones te amemos, y con nuestros labios cantemos tus alabanzas. Amén.

Ave María, y oración para después de la meditación.

DÍA DÉCIMOTERCERO

MEDITACIÓN

DE LA SEGUNDA ENTREVISTA DE JUAN DIEGO CON EL PRELADO

El hombre prudente, teme; el necio salta adelante y confía. (Prov. XIV, 16.)
Pídete una señal.
(Isai. VII, 11.)

PUNTO PRIMERO

El domingo siguiente, al otro día del sábado de las primeras apariciones, madrugando Juan, vino á Tlaltelolco, y después de oir Misa y asistir á la doctrina, volvió á la residencia del Obispo, y después de no poco tiempo de esperar, consiguió poderle ver. Vióle en efecto, y le habló, repitiendo de parte de la soberana Señora el mensaje, afirmándose con lágrimas en lo que la primera vez había dicho, y añadiendo, que el volver ahora á la presencia del Prelado, era porque ella así se lo había prescrito, sin querer admitir sus razones para excusarse de ello. Sobre este suceso que refiere la tradición

Guadalupana, considera ¡oh alma! la perfección de la obediencia de Juan Diego; porque la obediencia, para ser perfecta debe ser pronta, gustosa y entera, así como es la obediencia de los ángeles para con Dios en el cielo. Juan obedeció prontamente, porque apenas transcurrida la noche del sábado, no lo dejó para el mediodía ó para la tarde del domingo, ni menos pretextando sus deberes religiosos, ó las especiales ocupaciones del Obispo en días festivos, lo dilata para otro día de la semana, sino que en ese mismo día, previene al astro de la luz, madruga muy temprano para no faltar á la Misa de precepto, y á la explicación doctrinal que se hacía con ella, y luego, cuanto antes puede, sin atender á otros negocios personales, luego al instante se dirige á la casa del Prelado, en cumplimiento de su noble misión. Juan obedeció gustosamente: el frío recibimiento de la primera entrevista no le arredra; la acogida poco satisfactoria que se le había hecho, no le entibia; el mal éxito de su anterior tentativa, y la despedida sin esperanza del día anterior, no le desaniman ni entristecen; contento con hacer lo que se le ordena, gustoso con obedecer una comisión que no había podido declinar, va á llamar á la puerta del Prelado, sin retroceder ni cansarse por una larga expectativa. Juan obedece en-

teramente: se le manda que él vaya, y él mismo va. No se vale de presentar un memorial que no habría faltado quien le escribiese, para excusar nuevas humillaciones: eso habría sido ser infiel á un secreto que á él solo se le confiara; no se vale de alguno de su tribu más inteligente y mejor recibido; no recomienda el asunto á alguno de aquellos religiosos de la orden Seráfica que tan fácil acceso tenían con el Obispo, puesto que era de su orden misma; todo esto, pudiera haber ocurrido á la humana prudencia; pero la prudencia y «la sabiduría de este mundo, es estulticia ante Dios», como dice el Apóstol (1 Cor. III, 19), y el obrar de este modo no habría sido una entera obediencia. Se le manda que él vaya, y no que escriba; no que se valga de intercesores, ni que busque terceras personas que le representen. ¿Obedeces tú así, oh alma, á los directores de tu conciencia? ¿Obedeces sin vanas demoras, sin excusas ni pretextos, sin amarguras ni tibiezas, sin evasivas ni sutilezas? «El varón obediente cantará victoria», dice la Santa Escritura, porque con la obediencia logrará triunfos de sus enemigos, y alcanzará la victoria de sus pasiones.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA cómo algunas veces es impertinente y pecaminoso pedir milagros ó señales, y á veces es bueno y meritorio. Cuando el milagro no es de modo alguno necesario, ni un medio preciso para conseguir el efecto deseado, es impertinente el pedirlo y aun puede ser lo que se llama tentar á Dios; y por eso cuando el demonio sugería á nuestro divino Redentor que se echase abajo desde el pináculo del templo, el Señor le contestó, que dice la Escritura: «No tentarás al Señor tu Dios», (Deut. VI, 16); y cuando uno de los escribas y fariseos le dijo: «Maestro, queremos ver una señal obrada por tí» (Math. XII, 38), su Majestad no quiso hacer por entonces ningún signo, antes los reprendió llamándoles generación mala y adúltera. Así, no es bueno pedir ni esperar milagros sin utilidad y necesidad verdadera, y por esta razón no quiso Jesucristo hacer ninguno en el palacio de Herodes, aunque éste mucho lo había deseado, y aun lo esperaba como dice el Evangelio. (Lucas XXIII, 8.)

Empero, otras veces hay en que muy bien se puede pedir una señal, y aun se

haría mal en no pedirla, como cuando Dios mismo nos insta á hacerlo. Así, al Rey Acaz, se le dijo por el profeta Isaías: «Pide para ti un signo del Señor tu Dios, ya sea en lo profundo del infierno, ya en lo excelso de las alturas,» (Isai. VII, 12), y como él respondiese que no lo pediría, por no tentar al Señor, fué fuertemente increpado por el profeta. De aquí es que cuando el Obispo de México pidió á Juan Diego una señal de la verdad de su misión, no hizo mal, sino muy bien, porque de otra manera no habría sido posible averiguar la verdad de las comunicaciones sobrenaturales, ni la naturaleza de su origen. Por esto contestó el segundo mensaje de Juan Diego diciéndole que «la entidad de materia tan grave no era para fiada del simple dicho suyo; sino que dijese á la Señora que lo mandaba, le diese alguna señal, que fuese irrefragable testimonio de ser ella quien lo mandaba, y de ser aquella su voluntad.» ¿Has tentado tú al Señor, pidiéndole, por ejemplo, que te libre de tal ó cual peligro, cuando tú te entregas á él y no quieres apartarlo de ti? ¿pidiéndole que te salve sin querer abandonar el pecado? ¿que te conceda una buena muerte, cuando no tienes ni intención de dejar tu mala vida? Si así lo has hecho, le has ofendido, y debes de enderezar de hoy en adelante tus peticiones.

ORACIÓN

DEMASIADAS señales de tu misericordia he visto y recibido hasta ahora, Virgen de Guadalupe, demasiadas muestras de tu bondad y tu clemencia, demasiado creíbles testimonios de tu amor maternal para conmigo! Y no por eso acabo de obedecer las divinas inspiraciones, ni de someterme á las justísimas disposiciones de la Providencia! ¿Cuándo seré obediente, Madre mía, como aquel hombre sencillo, á quien enviaste con tus misericordiosos mensajes, á quien ni las repulsas, ni las dificultades, ni las negativas hacen retroceder en el cumplimiento de las órdenes celestiales? Yo siempre encuentro excusas para eximirme de las leyes de Dios ó de la Iglesia, y si obedezco es tarde y con disgusto, bien distante de hacer la voluntad de nuestro Padre aquí en la tierra, con la presteza y el gusto con que se cumple en el cielo. Hazme, Señora, obedecer al Señor, y á todos los superiores que me gobiernan en su nombre, para que pueda un día cantar en el cielo la eterna victoria del obediente. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.